

Los viajes del Penélope

Capítulo 6: Pequeña, amarga Victoria

Roberto Herrscher

CLAMA
EL VIENTO
Y RUGE
EL MAR

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Silvina Gvirtz

Jefe de Gabinete

Daniel Pico

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Alejandro Garay

Directora de Educación para los Derechos Humanos, Género y Educación Sexual Integral
María Celeste Adamoli

Coordinadora del Programa Nacional de Educación y Memoria
Cristina Gómez Giusto

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas
Natalia Porta López

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez
Asistentes de edición: Verónica Varela y María Aranguren
"Los viajes del Penélope" de Roberto Herrscher.
© Tusquets Editores S. A.
© Roberto Herrscher, Los viajes del Penélope



Este es un fragmento de la novela testimonial
"Los viajes del Penélope", publicada en 2007
por Editorial Tusquets.

Ministerio de Educación de la Nación

Plan nacional de lecturas
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
plannacional.lecturas@educacion.gob.ar
República Argentina, abril de 2022

Los viajes del Penélope

Roberto Herrscher

Capítulo 6

Pequeña, amarga victoria

(Fragmento)

Las bombas seguían explotando alrededor del bote de remo y llenando la noche de rojo. El *Penélope* se había quedado solo, desamparado, a merced del bombardeo. La playa era un hervidero de gente que corría para todos lados. Nosotros tirábamos del cable que unía el barco a tierra con toda nuestra fuerza.

Rivero dice acordarse de que no nos habíamos traído los remos. «En ese momento yo estaba en la proa y me tiré para hacer pie en tierra, y me caí al agua, y me tuvieron que rescatar ustedes, así que estuve toda la noche durmiendo mojado.»

En tierra y más o menos a salvo, el estómago de Rivero le recordó que todavía no había podido ir al baño, y las ganas eran mucho mayores. «Yo le pregunté a cada uno si tenía papel y Ni Coló me dijo: “lo único que tengo es la carta de mi novia, ¡ni se

te ocurra!”. “No”, le dije, “la carta no la voy a usar, pero por lo menos déjame el sobre.” Es que yo tenía ganas de ir al baño desde que empezó el bombardeo, pero ahí ya no podía más. Me fui a un rincón. Estábamos en la costa con los del *Buen Suceso*, los del *Carcarañá*, y a eso de las tres y media o cuatro empezaron a decir que había un muerto.»

Había un muerto, nuestro primer muerto.

Las historias primero fueron confusas. Mientras nos aplastábamos contra la arena helada de la playa, en una hondonada que hacía de refugio improvisado frente a las bombas que seguían enrojeciendo el cielo y llenando las cabezas de ruido y de furia, vino un colimba a contar que una columna que estaba trayendo o llevando algo desde una posición en la montaña se topó con el bombardeo en pleno descampado. Que empezaron a correr y uno murió.

Poco a poco fui entendiendo la historia. Iban corriendo en fila india, y al parecer uno empezó a disparar y atravesó el casco del que iba delante. Tropezó, cayó y al caer se disparó en el cuello. Recién cuando llegó un grupo más grande a instalarse en nuestra hondonada escuché el nombre del muerto. Era el marinero Turano.

Me impresionó mucho la muerte de Turano. Cada vez que me encuentro con belicistas, con los que

estuvieron a favor de esta guerra absurda y con los que están a favor de otras, mucho más cruentas que siguieron y siguen, se me dibuja su cara de chico alegre, incansable, lleno de nervios y de energía. Su muerte me llenó de amargura y de rabia contra los que nos habían mandado a matar y morir a ese frío rincón del mundo, sin árboles y sin compasión.

Cuando dejaron de escupir bombas las fragatas británicas, el teniente González Llanos tomó el bote de remo y volvió al *Penélope* para buscar mantas y frazadas para todos. Aparecieron por nuestro agujero unos soldados de Ejército y me acuerdo especialmente de un capellán militar, que no dejó de mascullar el rosario en toda la noche. Yo tenía los pies helados, como dos bloques de hielo que del dolor no me dejaban dormir, y en el oído la letanía que para mí, en vez de arrullarme o tranquilizarme en la fe, me llenaba más de odio y rencor contra el dios de las batallas, el señor de los fundamentalismos y las intolerancias. Puede repetir en esta página el inacabable rezo que tuve que aprender a la fuerza esa noche en bahía Fox, escuchando al cura oficial con la pistola en el cinto y la cruz en el cuello.

«Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús Santa

María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte Amén Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte Amén Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús Santa María Madre de Dios ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte...» y daba vueltas y vueltas y vueltas y en cada bolita de plástico volvía la hora de nuestra muerte en la voz arrogante y asustada del cura y la memoria que quiero espantar pero vuelve y me trae el humo que salía de su boca con cada oración.

De esa noche Rivero se acuerda de otra oración, la de un cabo que él conocía. «Había un cabo que parece que fajaba a la mujer, y mientras seguía la lluvia de bombas toda la noche él decía “mi amor, nunca más te voy a pegar”.»

Al día siguiente, Peralta, Contreras y Ni Coló se pusieron manos a la obra para hacer un refugio como la gente, ya que la decisión del teniente era volver a dormir en la playa. Daniel se acuerda de

que a unos diez metros de la costa, eligieron un lugar «sobre una montaña de tierra. Fuimos a buscar herramientas y encontramos un martillo neumático que andaba con combustible. Hicimos el pozo y lo tapamos con chapa, pero antes de que nos pudiéramos meter nosotros se metió todo el mundo». Los tres cabos se quedaron afuera, «con un frío tremendo que se metía en el huesito dulce y que no me dejó dormir».

Antes del amanecer, Peralta vio ya levantado a González Llanos, y los dos fueron al *Penélope*. «Él seguro tampoco pudo dormir.»

Ese día Peralta y yo fuimos a buscar agua al pozo donde siempre llenábamos los baldes, pero al lado del pozo me sorprendió un bulto: era el cuerpo de Turano, tapado con una manta verde. La manta era corta y sobresalían las botas marrones. El día era espléndido, sin nubes y casi sin viento, y el cadáver estaba quieto como nunca había visto nada tan quieto en mi vida. Mientras tantas otras cosas se escapaban de la memoria como granitos de arena entre las manos, esos segundos de caminar hasta el pozo de agua los puedo ver en pesadillas, despierto y dormido.

Guillermo recuerda que estaba haciendo el pozo «y fui donde estaba Contreras y me mostró el cuerpo, que estaba en una camilla y tapado medio

cuerpo, y bueno yo me enojé con Contreras. Yo no quería ver esas cosas. Lo supe desde el primer día que llegué a Malvinas. Que si no hace falta, no voy a ir a ver cosas... no me quiero llevar recuerdos tristes de acá. Tuve la suerte de volver a mi casa, y lo peor de esto lo voy a evitar, y más o menos lo hice».

Hace poco estaba trabajando en mi oficina de Barcelona y me llegó un correo de Martin Virtel, el periodista alemán. Esto fue antes de que publicara su artículo sobre mi aventura en el *Penélope*, y buscando información en Internet, dio con el informe del Comando de Operaciones del Servicio Especial de Buques (SBS) británico sobre el ataque de la noche del 26 de mayo sobre bahía Fox.

«Con las tropas británicas firmemente instaladas en East Falklands (isla Soledad), el batallón argentino estacionado en bahía Fox, West Falklands (isla Gran Malvina) podía suponerse que estaría en posibilidades de atacar los flancos británicos mientras estos se preparaban para atacar Stanley. Algo tenía que hacerse para hostigar a las fuerzas argentinas en el área y mantenerlas ocupadas. Intentando evitar desplegar un contingente importante de tropas para atacar bahía Fox, los planificadores decidieron usar una mortífera combinación de fuego naval y fuerzas especiales.»

Las fuerzas especiales eran el Comando 148 de SBS que desembarcaron en Knob Island para guiar el fuego de la fragata Plymouth. Este fue seguramente el desembarco que los comandos de Ejército fueron a buscar en el *Penélope* a bahía Carcasa, sin éxito.

«Con las correcciones que proporcionó el Comando 148, Plymouth bombardeó depósitos de gasolina y munición de los argentinos. La artillería naval es más exacta que la de tierra gracias al cañón estabilizado giroscópicamente y el sistema de puntería computarizado. El principal cañón de la nave puede también disparar repetidamente efectuando muchos disparos por minuto. El efecto de un arma tan poderosa bajo la dirección de hombres muy entrenados estratégicamente ubicados en tierra causó mucha consternación y confusión en las posiciones argentinas.»

Seguí trabajando en la preparación de mis clases en la universidad, pero no podía sacarme de la cabeza esas dos palabras, *consternación* y *confusión*, metidas en un informe técnico y frío.

Sí, eso fue esa noche. Consternación y confusión, y tantas cosas más de las que tal vez nunca nos recuperemos.

Al día siguiente iniciamos el viaje.

No recuerdo la despedida de Fox. Como en tantos otros momentos de la guerra, estaba metido con todos los sentidos en hacer las cosas bien, en sobrevivir.

Así cuenta el inicio de esta larga travesía Jorge Muñoz: «Finalizada la estiba decidieron intentar el cruce del estrecho de San Carlos, que fue imposibilitado por la presencia de dos fragatas británicas que en la noche del 27 de mayo ingresaron por el acceso sur del canal para dirigirse a Fox con objeto de cañonear nuestras posiciones. Tras otros intentos frustrados debido a la posibilidad de ser detectados por naves del enemigo o por su intenso patrullaje aéreo, el *Penélope* cruzó a una velocidad de cuatro nudos el canal San Carlos, que ya se había cobrado muchas vidas con la consiguiente pérdida de varias naves en situaciones similares. El ocultamiento en radas y caletas casi inaccesibles a naves de mayor porte y el amparo de la oscuridad eran las únicas garantías con que contaban para un desplazamiento lento y sin coberturas de ninguna especie».

Sin radar, sin sonda, sin radio y sin buenos mapas, y con un par de pistolas y unos fusiles viejos y oxidados por el agua de mar por todo armamento, el *Penélope* emprendió la larga vuelta a la mitad de las Malvinas, cruzando el estrecho entre las dos

islas por el lado más ancho y después navegando pegados a la larga costa hacia la capital, en el extremo noreste de las islas.

La primera noche el teniente decidió entrar en la bahía Baja, frente a la pequeña isla Bugainville. En la oscuridad y el silencio de la noche se veían los resplandores lejanos de la batalla de Goose Green y se oían rumores de detonaciones y metralla. Ni Coló, Contreras y Peralta estuvieron casi toda la noche levantados.

El día siguiente sólo se escuchaba el viento constante. El mar embravecido no permitió siquiera que el teniente se acercara a la costa con el bote de remo. En la narración de Guillermo, los tres cabos lograron acercarse a la costa en la tarde, con el mar ya calmado y González Llanos descansado en el camarote. Pero cuando se despertó y los vio en tierra, los retó por haber ido sin su autorización. Les dijo «que él reconocía nuestra voluntad y nuestro empeño para realizar las tareas, pero que él estaba a cargo de todos nosotros, y si nos sucedía algo, él era el responsable».

Esa noche Guillermo cubrió la primera guardia con el teniente. «Me decía que no veía la posibilidad de pasar su cumpleaños en su casa, con su familia: entonces le pregunté que cuándo los cumplía y me

contestó que el 12 de junio, a lo que yo acoté que no debía hacerse problemas porque para esa fecha ya íbamos a estar de regreso. Yo no estaba seguro de nada, pero le respondí así en una manifestación de optimismo, que todos suponíamos necesaria para que el desánimo no nos venciera. Luego se sentó en un rincón y permaneció mucho tiempo en silencio. Miraba para un lado y para el otro.»

Después de muchas horas sin comunicación, Horacio tomó la radio y logró comunicarse con Puerto Argentino. «¿Vio el tiempo que estuve allí sentado sin hablar? Recé un rosario para que la radio vuelva a funcionar y dio resultado», le dijo.

Los fragmentos del libro de Ni Coló en los que describe con admiración a González Llanos son de los más emotivos. Mientras yo seguía enfrascado en la lectura de mi libro, Guillermo anotaba en su diario lo que le llevó años después a escribir en su libro párrafos como este: «Ya conocía un poco más al teniente y me daba cuenta cuándo se mostraba intranquilo, nervioso y esto indicaba que podíamos tener algún problema. Mientras navegábamos esa tarde me lo volvió a demostrar. Estaba aferrado al timón, pero esforzándose por mirar hacia delante por la ventana, luego por otra, como queriendo identificar algo. Le pregunté qué ocurría y

me respondió que le parecía haber visto un barco a la salida de la bahía».

Para no toparse con un navío que podía ser enemigo, González Llanos dirigió la goleta hacia la pequeña isla María (Bleaker Island para los isleños) y allí pasamos una noche tranquila, sin tormenta y sin ruido de bombas.

Era el 28 de mayo, en Goose Green luchaban cuerpo a cuerpo y nosotros estábamos perdidos, solos en lo que a mí me parecía el último confín del mundo, navegando por costas abruptas habitadas por pingüinos displicentes y leones marinos confiados. Esa noche la guerra parecía –o yo quería que pareciera– tan lejana como Buenos Aires o como el siglo XVIII. Creo que fue esa la noche en que el teniente, que estaba de guardia en el puente de mando, me pidió que le llevara un café. Cada uno de esos días trabajábamos como burros, y sólo dormíamos media noche, porque la otra mitad estábamos de guardia. Yo me caía de sueño y en la oscuridad de la cocina y la confusión del sueño, le eché al café dos buenas cucharadas de sal.

Salí lentamente a la superficie por la escalerita de proa. Hacía mucho frío y el viento me pegaba en la cara, pero la luna y las estrellas lo iluminaban

todo con un halo mágico. Me acerqué al puente y le tendí la jarra. El teniente aferró el asa, me agradeció y tomó un sorbo como para sacarse todo el frío del cuerpo. Inmediatamente sacó la cabeza por la puerta y escupió con energía. Todavía me acuerdo del segundo que tardó en reaccionar. Su reacción fue una carcajada, y yo volé a la cocina a hacerle otro café, esta vez con azúcar.

¿Por qué me acuerdo tanto de esa irrelevante anécdota del café con sal? Hay cosas que no tienen explicación racional, y en mi caso, muchos años después se me dio por pensar en por qué tantos de los recuerdos más fuertes de Malvinas tienen que ver con sabores y olores –el pan del *Buen Suceso*, el guiso de cordero del tío Luna– y no con meditaciones y charlas sobre la vida, la muerte, la valentía o el patriotismo.



Roberto Herrscher

Es escritor, periodista, profesor y editor argentino. Fue director del Máster en Periodismo Barcelona-Nueva York (Universitat de Barcelona y Columbia University) y, actualmente, es profesor de la Universidad Alberto Hurtado (Chile). Sus textos han sido publicados en The New York Times en español, La Vanguardia, Clarín, Gatopardo, Etiqueta Negra, Perfil y otros medios reconocidos. Entre sus libros se encuentran: *Los viajes del Penélope* (2007), *Periodismo narrativo* (2009), *El arte de escuchar* (Universitat de Barcelona, 2016) y *La voz de las cosas* (Carena, 2021).





A 40 años de la guerra de Malvinas, el Ministerio de Educación de la Nación, a través del **Plan Nacional de Lecturas** y el **Programa Educación y Memoria**, pone a disposición poemas, cuentos y relatos para reunir en las escuelas a distintas generaciones de lectores. Las obras incluidas en esta compilación ofrecen un trabajo en nuestra lengua destinado a preservar el recuerdo de los soldados y a sostener el reclamo argentino de soberanía efectiva en las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur. De este modo, la experimentación con las formas y la pluralidad de voces aparecen como las vías literarias a recorrer para la construcción colectiva de nuestra autonomía política y cultural.